



EL HOMBRE Y EL PERRO

La fidelidad del perro tiene la pureza y la fuerza de la verdad. El perro es fiel porque vino al mundo por obra y gracia de la Providencia para ser símbolo y paradigma de la lealtad.

Mirarlo, observarlo, estudiadlo. Es siempre el mismo con su amo: sumiso, cariñoso y bueno. En sus gestos hay un perenne acatamiento; en su mirar se advierte un mar insondable e inagotable de ternura, respeto y adoración. Con cuanta razón dice Paul Valéry: “Todo el perro está en su mirada. El se echa sobre mí con una mirada que tiene el mismo impulso afectuoso que sus movimientos”. (Melangues. p. 201)

Cuando nuestro perro nos ve parece que nos quisiera besar con la ternura incomparable de su espíritu. Y cuando lo acariciamos en pago de sus miradas de felpa, diríase que su alma toda se ilumina y se deleita en un gozo inefable; y se saborea, se saborea contemplándonos fijamente como si quisiera decírnos: *gracias mi Dios, con eso tengo para ser dichoso, yo no necesito mas que tu querer.*

Cuando duerme junto a nosotros, su cuerpo se distiende en toda su amplitud: afloja sus músculos y goza en una dejadez placentera de abandono total. Y al despertar y ver a su amo con sus penetrantes ojos que nunca mienten, parece decirles esperando sus órdenes: —Señor, mándame; dueño mío, acaríciame, que yo sienta tus manos en mi cabeza, que yo tenga la merced misericordiosa de tu bondad.

El apego del perro por su amo es un sentimiento santo, todo desprendimiento, mansedumbre y resignación. Desprendimiento porque se da por entero sin esperar recompensas; mansedumbre porque en sus actos sumisos expresa la suprema suavidad de la más

humilde obediencia; resignación porque si su dueño, lo reprende, le grita, le pega, él recibe sus castigos, justos o injustos, que lastiman más que su cuerpo, su alma delicadísima, con una conformidad que lo endolora sin la menor rebeldía. Pues pareciera como si Dios hubiese puesto al perro cerca del hombre para que este lo tuviera como ejemplo, no sólo de la más genuina lealtad, sino de la más noble de las afecciones.

* * *

El perro tiene por fin esencial de su existencia vivir para el hombre, pertenecerle, ser su esclavo. Por eso los perros que no tienen dueño llevan el alma ausente; su vida es incompleta y sin finalidad; caminan como autómatas, sin pensamiento y sin sentimientos fijos; andan a la deriva como perdidos en una multitud que miran sin contemplar, con indiferencia y desenfado, echándose en los quicios de las puertas o caminando con la inconsciencia de una vida sin objeto, sin ilusiones ni esperanzas.

Pero apenas unos ojos lo miran con simpatía y unas manos les dan la bendición de una caricia, el perro se transforma en un ser de ventura palpitante que encontró el óptimo hallazgo: a su Señor, al que ha de seguir como el complemento de su vida, sin importarle que ese hombre sea rico o pordiosero, malo o bueno, rey o plebeyo; porque para él será siempre la divinidad con la que ha de compartir hasta su muerte la vida regalada de sus opulencias o las malaventuranzas de su miseria y desamparo.

¿Qué le importa al can de un buhonero, del lisiado o del mendigo, si su dueño no le da de comer? Lo que le importa es estar a su vera; lo que anhela es olfatear sus harapos juntándose a ellos para tener la certeza de que puede cuidarlo y darle lo mejor que tiene: el calor reconfortante de su compañía.

* * *

Uno de los cuadros más conmovedores que nos ofrece la vida real, en la calle, es el de contemplar a los pordioseros que teniendo apenas un mendrugo que comer, lo comparten con su amigo angelical que le sigue los pasos, que duerme a su lado en las noches gélidas del invierno o en los días sofocantes del estío. Y cuando

el mísero amo no tiene que darle, no por eso lo abandona, porque más que el sustento de su estómago tiene la necesidad de cumplir la manda sacrosanta de no desprenderse de quien lo ha menester con la dádiva pía de su acompañamiento.

* * *

Los espíritus más selectos se han ocupado de los perros para enseñarnos a los hombres que siempre estamos en deuda con esos animales que el Creador nos hizo la merced de colocar en nuestra ruta para servirnos de consuelo, de distracción, de compensación cuando nuestros semejantes nos olvidan, nos atacan, nos desprecian, nos provocan decepciones y amarguras o nos conducen a las tenebrosas encrucijadas de la desesperación o de las enfermedades que nos encaminan a la muerte. Por eso quizá, en alguno de esos trances dramáticos se hallaba Schopenhauer cuando exclamó: "Si no hubiera perros, yo no quisiera vivir". Y por eso también Pascal decía: "Mientras más conozco a los hombres, más quiero a mi perro".

Y es que los humanos son mudables en sus sentimientos y en sus ideas. Cualquiera que sea su edad y su cultura el alma del hombre cambia todos los días, se modifica con los acontecimientos de su vida, con los seres que lo circundan. Mientras más culto es, más evoluciona su espíritu; refinándose, haciéndose más avanzado y fino de pensamiento, y más generoso en sus actos; así como también su corazón tornase más sensible, tolerante y pio. Y por eso es cambiante; hoy ama lo que antes no le interesó y mañana dejará de interesarle lo que ahora le apasiona. Ayer quisimos a seres que nunca más volvieron a llenar nuestro espíritu con aquel fuego que nos inflamó hasta el delirio o el infiernito.

Nos parecerá mentira pero es un hecho incontrovertible: que aquellas mujeres por quienes antaño pensamos que podríamos dar la vida en pleno idilio de una pasión erótica, al cabo de los años no son en el libro de nuestra vida, sino un capítulo más o menos bello, que llenó lo mejor de nuestra juventud o de nuestra madurez dejándonos los recuerdos más gratos que sólo vemos como hermosos mirajes que nunca volverán; y lo que es más, que no quisiéramos que volvieran nunca porque el protagonista que fuimos de aquellas deliciosas aventuras, ya no existe, porque el tiempo nos

transformó en otro ser que sólo un doctor Fausto podría renovar con el milagro de una juventud extinta para siempre.

Otros amores llenarán la existencia del hombre maduro y del anciano: la esposa, los hijos, los nietos, que ocuparán sus horas, y a todos ellos les dará una parte de su corazón; o los libros que son el tesoro eterno de nuestra constante avidez de saber más y más o el hundir nuestro ser en las sublimidades del arte y de la naturaleza.

* * *

El perro no transforma su alma sencilla, conserva siempre en su prístina ingenuidad la pureza de su idolatría natural por el hombre. La cual no comparte con nadie porque es íntegra de su amo. El perro no lo olvida jamás, no le causa la desilusión de la ingratitud o de la malevolencia, es recto e imperturbable en su conducta; lo sigue donde va, lo busca si lo pierde con una desesperación semejante a la locura; y cuando lo encuentra, grita, corre, ladra de alegría como si hubiera recuperado su propia vida. Como si ese animal bendito, tuviera la triple misión de ser en este mundo terrenal, padre, hijo y amigo de su única deidad: el hombre.

Los perros creen en ese su Dios único y exclusivo. No tienen varias divinidades sino una sola: Su Señor que es para ellos el universo todo.

* * *

La tragedia más grande para un can es que lo arranquen del lado de su Señor. Quienes cometan tal infamia no saben lo que hacen; porque un niño, una mujer o un varón apartados de sus seres más queridos quizá puedan encontrar otro cariño, otro amparo y otro consuelo, mientras que el perro sentirá que le arrancan el corazón de sus entrañas, porque su amo es la esencia y objeto de su vivir. Los hijos se van de la mansión hogareña y se olvidan horas o días de sus padres. Algunos la dejan sin dolor ni remordimientos. Llegados a cierta edad toman cada uno su camino, forman su hogar tornando al nido paterno cuando pueden o cuando quieren, pero no sienten el imperio de volver a su antigua casa como algo imprescindible; y no es que sean ingratos, ni con los padres ni con los hermanos, ni con la vida que dejaron atrás, no; es que su existencia se modificó transformando fatalmente sus costumbres para

darle preferencia a muchos menesteres que dividen su atención: sus amores, conyugal y paternal; sus intereses, sus deberes, las labores comerciales o intelectuales de su nuevo existir renovado sin cesar.

El perro no, ese compañero silente y abnegado no divide su amor entre muchos seres, ni tiene interés en múltiples cosas; ni complica sus costumbres con varios deseos, ni se preocupa por nuevas ambiciones; el perro tiene una sola ilusión, estar con su dueño venerándolo con una mística en el que llena por completo su alimento. Su anhelo, sentir sus caricias, y una perpetua ambición que no lo abandone nunca, nunca.

* * *

Así lo comprendió Lord Byron, pensando que “los perros son una maravilla de la naturaleza”, cuando en sus disposiciones testamentarias ordenó que su perro descansara por toda la eternidad en su residencia palaciega donde vivió con su mejor amigo en cuya lápida mortuoria escribió este epitafio:

*“Cerca de este lugar
Descansan los restos de un ser
Que poseía la bondad sin vanidad,
La fuerza sin la insolencia,
El valor sin la ferocidad,
Y todas las virtudes del hombre
sin sus vicios.
Este elogio, que sería una absurda lisonja
Si estuviera escrito sobre cenizas humanas,
No es sino un justo tributo
A la memoria de
“Bratswain”, un perro nacido en Terranova
en mayo de 1803,
y muerto en Newstead Abbey el 18 de noviembre
de 1808.*

(Vie de Lord Byron, por André Maurois).

* * *

Con cuanta razón dice Edmond Jaloux: “Lo que commueve más en los animales, es su amor por el hombre”. Cuando un perro

encuentra a uno de sus semejantes, estará pronto a librarle batalla, pero a nosotros nos demanda amistad y protección y por eso no vemos en ellos sino su ternura". (Essences).

Los perros tienen el alma cristalina: en sus trasfondos imaginan la aparición de un cielo donde brillara una estrella: la figura de su amo. Su mayor dicha consiste en contemplarlo con arrobo y dormir a sus pies. Su amor no conoce el orgullo, es humildísimo, no tiene más que sumisión en un entregamiento absoluto. La nobleza está en su servilismo para su amo. Puede hacer de él lo que quiera, menos abandonarlo porque esa sería la crueldad más infame. El perro entonces lloraría como lloran los perros; con las miradas dramáticas que son sus lágrimas.

Yo no concibo que existan gentes que no entiendan ese amor sublime del perro por el hombre. Solamente los que nunca hayan convivido con ese animal, el más humano de los irracionales, serán disculpados de no apreciar las excelsas virtudes de esos seres que vinieron al mundo para ser el compañero mudo, vigilante y venerativo de los hombres.

Por esa razón Will Judy escribió este poema que interpreta los sentimientos de nuestro óptimo amigo:

LA ORACIÓN DEL PERRO

*"¡Oh, Señor de los humanos
haz que mi amo sea tan fiel a sus semejantes,
como yo lo soy con él!"*

*Que sea capaz de consagrarse a sus amigos y a su familia,
como yo me dedico a él*

*Que sea franco y sincero como yo;
que sea veraz, para que se conquiste toda la confianza
de los que tratan con él.*

*Dótalo de una faz llena de optimismo,
de ese optimismo que sólo yo puedo expresar cuando meneo mi
cola;
dótalo de un espíritu de gratitud equivalente
al que yo revelo con mi lengua, cuando me saboreo.*

*Llénalo de paciencia igual a la mía
que espero sus pasos pacientemente
horas enteras, sin quejarme.*

*Llénalo de mi instinto de vigilancia,
de mi valor y de mi presteza
para sacrificar por El las satisfacciones de la vida.*

*Consérvalo siempre joven de corazón
y siempre inspirado en el anhelo de obrar tan lealmente como yo,
Hazlo bueno, porque bueno soy yo, siendo perro,
Hazlo digno de mí que soy su perro.*

Excélsior, 7 de enero 1959.